

nadie en el mundo le había hablado de esto, la informó de que el remedio estaba en su mano. Podía ella fácilmente, al heredar la corona, inducir al Parlamento inglés, no solo á dar el título de rey á su marido, sino á transferirle, por medio de una ley, la administración del gobierno. Pero añadió: «*V. A. R. debe considerarlo bien antes de anunciar ninguna resolución en este asunto, porque es resolución que una vez anunciada, no se puede ni es fácil retirar.*» «*Yo no necesito tiempo para pensarlo,* contestó María. *Me basta tener ocasión de demostrar mi cariño al Príncipe. Decidle cuál es mi deseo, y hacedle venir para que lo oiga de mis labios.*» Burnet fué en busca de Guillermo; pero Guillermo estaba á muchas millas de distancia persiguiendo á un ciervo en la caza. Hasta el día siguiente no pudo verificarse la entrevista decisiva. «*Hasta ayer no supe,* dijo María, *que había tan gran diferencia entre las leyes de Inglaterra y las leyes de Dios. Pero ahora os prometo que siempre seréis el amo, y en cambio sólo os pido que así como yo observaré el precepto que ordena á la esposa obedecer á su marido, observéis vos el que ordena al marido amar á su mujer.*» Tan generoso afecto ganó por completo el corazón de Guillermo. Desde entonces hasta el triste día en que le sacaron loco de dolor de la cabecera del lecho de muerte de su esposa, reinó entre ambos la más completa amistad y confianza. Aun se conservan muchas cartas escritas por María á Guillermo, y en ellas se demuestra plenamente que aquel hombre tan poco amable á los ojos de la multitud, había conseguido inspirar á una mujer bella y virtuosa, que le era superior en rango, una pasión que rayaba casi en idolatría.

De gran importancia fué el servicio prestado en esta ocasión por Burnet á su patria. Era ya llegado el tiempo en que interesaba á toda la nación que reinase entera concordia entre ambos Príncipes.

IX.

RELACIONES DE GUILLERMO CON LOS PARTIDOS INGLESES.

Hasta terminada la insurrección del Oeste, graves disensiones habían mantenido á Guillermo apartado igualmente de whigs y tories. Había visto con disgusto las tentativas de los whigs para privar al Gobierno ejecutivo de algunos poderes que él creía necesarios á su importancia y dignidad, y aún más le había disgustado la actitud de una fracción de aquel partido respecto á las pretensiones de Monmouth. Parecía que la oposición deseaba primero privar de todo valor é importancia á la corona de Inglaterra, y colocarla después en la cabeza de un bastardo impostor. Al mismo tiempo las opiniones religiosas del Príncipe diferían radicalmente de lo que constituía el símbolo de los tories, los cuales eran arminianos y partidarios de los obispos, miraban con desprecio las Iglesias protestantes del Continente, y los más insignificantes detalles de la liturgia y culto de su Iglesia, eran para ellos tan sagrados como los Evangelios. En metafísica teológica, las opiniones del Príncipe eran calvinistas, y en cuanto á la organización eclesiástica y á las ceremonias del culto profesaba la más amplia tolerancia. Declaraba que el obispado era una institución legal y conveniente para el Gobierno de la Iglesia; pero hablaba con desdén y burla del fanatismo de cuantos consideran la institución de los prelados como cosa esencial para el cristianismo. No se preocupaba en lo más mínimo acerca de las vestiduras y ceremonias prescritas en el libro

de oraciones (*Prayer Book*); pero declaraba que le hubieran gustado más los ritos de la Iglesia anglicana si no tuviesen tan gran parecido con los de los católicos. Le habían oído expresar su disgusto cuando vió por primera vez, en la capilla privada de su esposa, un altar construido según la usanza anglicana, y tan poco pareció contentarle mucho encontrarla con el libro de *Política eclesiástica* de Hooker entre las manos (1).

Observó, pues, atentamente durante mucho tiempo la contienda sostenida por las distintas facciones inglesas sin mostrar decidida predilección por ninguna. Ni en toda su vida llegó á ser decididamente whig ó tory. Carecía de lo que sirve de común fundamento á ambos partidos, que es la patria, y él nunca llegó á ser Inglés. Es cierto que salvó á Inglaterra, pero nunca la amó ni alcanzó nunca su cariño. Para él siempre fué como un destierro donde se vive á disgusto, y que se abandona con placer. Y aun cuando le prestó aquellos servicios cuyas felices consecuencias llegan hasta hoy, su principal objeto no había sido el bienestar de Inglaterra. Su amor patrio fué siempre para Holanda; allí estaba la soberbia tumba donde dormía el gran político cuya sangre, cuyo nombre, cuyo carácter y cuyo genio había heredado. En aquel país, el solo nombre de su título era mágico hechizo, que por espacio de tres generaciones despertaba el afectuoso entusiasmo de artesanos y campesinos. La lengua holandesa era la lengua de su infancia. Entre la nobleza holandesa había elegido sus primeros amigos. Las diversiones, la arquitectura, el paisaje de su tierra natal estaban por siempre impresos en su corazón.

(1) Relación manuscrita del Dr. Hooper, publicada en el Apéndice á la *Vida de Guillermo*, de Dugannon.

A Holanda volvía los ojos con incesante ternura desde una rival más orgullosa y bella. En la Galería de Whitehall suspiraba por la humilde *Casa del Bosque* del Haya, y nunca era tan feliz como cuando podía abandonar la magnificencia de Windsor por su modesta residencia de Loo. En todo el tiempo que duró su espléndido destierro, se consolaba rodeándose de edificios, plantas y lagunas cuyo aspecto le recordase las inmensas pilas de ladrillo rojo, los largos canales y los simétricos jardines del país en que había pasado sus primeros años. Sin embargo, aún su amor á la tierra que le viera nacer estaba subordinado á otro sentimiento, que muy pronto se había apoderado de su alma, que se mezcló á todas sus pasiones, que le arrojó á maravillosas empresas, que le sostenía y le reanimaba al sentirse abatido por los disgustos, por la enfermedad, el dolor y la tristeza; que cerca ya del término de su carrera, pareció por breve tiempo languidecer, pero que cobrando nuevos bríos apareció otra vez más que nunca avasallador y continuaba animándole aún, mientras al lado de su lecho leían las preces de los agonizantes. Aquel sentimiento era su odio á Francia y al magnífico Rey que en muchos respectos la representaba, el cual á virtudes y cualidades eminentemente francesas unía en gran medida aquella ambición inquieta, poco escrupulosa y amante de la vanagloria que tantas veces ha valido á Francia el resentimiento de toda Europa.

No es difícil trazar los progresos del sentimiento que gradualmente fué apoderándose del alma de Guillermo. Era casi un niño cuando su patria fué atacada por Luis XIV, faltando escandalosamente á la justicia y al derecho público, é invadida por todas partes, había sido entregada á la devastación y á

todos los excesos de la rapacidad, la crueldad y la licencia. Los Holandeses llenos de desaliento, se humillaron ante el vencedor implorando merced. Dióseles por respuesta, que si deseaban la paz debían renunciar á la independencia, y rendir anualmente homenaje á la Casa de Borbón. La afrentada nación, desesperada y furiosa, había roto sus diques pidiendo ayuda al mar contra la tiranía francesa. En medio de la angustia de tan atroz conflicto; cuando los aldeanos llenos de terror huían delante de los invasores; cuando centenares de hermosos jardines y casas de recreo eran sepultados por las olas; cuando interrumpían las deliberaciones de los Estados las quejas y el llanto de los ancianos senadores, que no podían soportar la idea de sobrevivir á la libertad y á la gloria de su tierra natal, Guillermo fué llamado para ponerse al frente de los negocios. Por algún tiempo consideró imposible la resistencia. Miraba en torno suyo en busca de socorro, y miraba en vano. España estaba enervada, Alemania distraída, Inglaterra llena de corrupción. Nada restaba al joven Estatuder, como no fuese perecer con la espada en la mano, ó ser el Eneas de una gran emigración y fundar otra Holanda en comarcas á donde no llegase la tiranía francesa. Ningún obstáculo se opondría entonces á los triunfos de la Casa de Borbón. Algunos años tan sólo, y podría agregar á sus dominios Flandes y Lorena, Aragón y Castilla, Nápoles y Milán, Méjico y el Perú. Luis XIV podría ceñir la corona imperial, colocar un príncipe de su familia en el trono de Polonia, ser en Europa único dueño, desde los desiértos de Escitia hasta el Océano Atlántico, y en América, desde las regiones al Norte del trópico de Cáncer hasta las regiones que se extienden al Sur del trópico de Capricornio. Tal era la perspectiva que se ofrecía á los ojos

de Guillermo cuando por vez primera entró en la vida pública, y este pensamiento ni un instante cesó de atormentarle hasta el fin de su vida. Era para él la Monarquía francesa lo que para Annibal la República romana, lo que el Imperio otomano para Scanderberg, lo que el poderío meridional para Wallace. La religión sancionaba y alentaba aquel odio intenso é inextinguible. Centenares de predicadores calvinistas declaraban que el mismo poder que había preservado á Sansón de la epidemia para ser azote de los filisteos, y había hecho abandonar á Gedeón las faenas campestres para dar muerte á los madianitas, había reservado á Guillermo de Orange para campeón de todas las naciones libres y de todas las Iglesias no corrompidas, y esta idea no dejaba de influir en su mente. Suele atribuirse la singular indiferencia con que miran el peligro los heroicos fatalistas á la confianza en sus altos destinos y á lo sagrado de su causa. También él tenía que terminar una gran empresa, y hasta llevarla á cabo ningún daño podía sucederle; y por eso logró escapar de enfermedades que parecían irremediables, á pesar de los pronósticos de la medicina; y en vano conspiraron contra su vida bandas de asesinos, y el ligero esquife en quien se confiaba en noche oscura, en medio de un mar tempestuoso, cerca de una costa escarpada, lo llevaba salvo á la orilla, y en veinte campos de batalla las balas de cañón sembraban á su lado la muerte dejándole á él ileso. Apenas se encontrará en la historia ardor y perseverancia comparables á los que él desplegó al consagrarse á su misión. Atendiendo á tan grande objeto, eran á sus ojos las vidas de los demás hombres de tan escasa importancia como la suya. En aquel tiempo era general, aun entre los soldados más humanos y generosos, dar poca importancia á la devasta-

ción y derramamiento de sangre que irremisiblemente acompañan á los grandes hechos de armas, y el corazón de Guillermo era de acero, no sólo á causa de la insensibilidad inherente á la profesión militar, sino por aquella otra, aún más cruel, que siempre engendra la idea del deber. Tres grandes coaliciones, tres largas y sangrientas guerras, á que toda Europa acudió en armas, desde el Vístula al Océano Atlántico, han de atribuirse á su inquebrantable energía. Cuando en 1678 los Estados Generales, exhaustos y desalentados, deseaban ansiosamente el reposo, su voto aun se oponía á que la espada volviese á la vaina. Si al cabo se hizo la paz, debióse tan sólo á no poder él comunicar á los demás la resolución y fiereza de su espíritu. En el último momento, esperando romper las negociaciones que como no ignoraba estaban á punto de terminar, dió una de las batallas más sangrientas y obstinadas de la época, y desde el día en que se firmó la paz de Nimega empezó á meditar una segunda coalición. Su lucha con Luis XIV, pasando del campo al gabinete, fué pronto exasperada por una contienda particular. En talento, carácter, costumbres y opiniones, eran diametralmente opuestos ambos rivales. Cortés y lleno de dignidad Luis XIV, espléndido y voluptuoso, amante del lujo y enemigo del peligro, magnífico protector de las artes y las letras y cruel perseguidor de calvinistas, presentaba notable contraste con Guillermo, de gustos sencillos, poco elegante en su porte, infatigable é intrépido en la guerra, indiferente á todo conocimiento de mero adorno, y firme é inquebrantable adepto de la teología de Ginebra. Los enemigos no observaron por mucho tiempo aquellas cortesías que rara vez olvidan los de su rango, aun al combatir uno contra otro á la cabeza de sus ejércitos. Ciertamente que Guillermo ofreció

primero sus servicios á Luis XIV, el cual, no dando á esta cortesía más que su verdadero valor, le pagó con una severa reprimenda. El gran Rey afectaba el mayor desprecio por aquel principillo que estaba al servicio de una confederación de ciudades mercantiles, y á cada muestra de desprecio, el indomable Estatuder replicaba con un nuevo desafío. Guillermo tomó su título, título que los acontecimientos del siglo anterior habían hecho de los más ilustres de Europa, en una ciudad situada á orillas del Ródano, no lejos de Avignon, y que aunque enclavada en territorio francés, pertenecía propiamente no á Francia, sino á la Corona imperial. Luis XIV, con aquel altivo desprecio del derecho público que le caracteriza, ocupó á Orange, dismanteló las fortificaciones, y se apoderó de los impuestos. Guillermo declaró en voz alta, hallándose á la mesa delante de muchas personas, que el Rey Cristianísimo había de arrepentirse de aquel ultraje; y cuando el Conde de Avaux le pidió cuenta de sus palabras, se negó resueltamente á retirarlas ó á dar explicaciones. La querrela se agrió en términos de que el Ministro francés no se aventuró á presentarse en el salón de la Princesa por miedo de recibir alguna afrenta (1).

El odio con que Guillermo miraba á Francia puede explicar toda su política respecto á Inglaterra. Sus planes se referían y abarcaban toda Europa. Lo que principalmente le preocupaba no era nuestra Isla, ni siquiera Holanda su patria, sino la gran comunidad de naciones amenazadas del yugo de una sola, excesivamente poderosa. Cuantos cometan el error de considerarle como político inglés, necesariamente deben

(1) Avaux, *Negociaciones*, agosto 10 (20); set. 14 (24), set. 28 (oct. 8), dic. 7 (17), 1682-85.

tener falsa idea de todos sus actos, y no podrán descubrir ningún principio general bueno ó malo, whig ó tory, á que referir los hechos más importantes de su vida. Pero cuando le consideramos como un hombre cuya misión especial fué unir una multitud de débiles, divididas y desalentadas naciones en alianza firme é inquebrantable contra el enemigo común; cuando le consideramos como el hombre á cuyos ojos la principal importancia de Inglaterra consistía en que sin ella la gran coalición que proyectaba sería incompleta, habremos de admitir que no hay larga carrera, de cuantas recuerda la historia, que haya sido más uniforme, desde el principio al fin, que la de este gran Príncipe (1).

X.

UNIDAD DE SU POLÍTICA.

La clave que actualmente poseemos nos permitirá trazar sin dificultad el curso, en realidad consistente y lógico, si bien en apariencia es á veces tortuoso, de su conducta, con respecto á nuestros partidos domés-

(1) No puedo privarme del placer de trasladar aquí el retrato, nada benévolo en verdad, pero profundo y noble, que traza Massillon del carácter de Guillermo. «Un prince profond dan ses vues; habile á former des ligues et á réunir les esprits; plus heureux á exciter les guerres qu'à combattre; plus á craindre encore dans le secret du cabinet, qu'à la tête des armées; un ennemi que la haine du nom Français avoit rendu capable d'imaginer de grandes choses, et de les exécuter; un de ces génies qui semblent étre nés pour mouvoir á leur gré les peuples et les souverains; un grand homme, s'il n'avoit jamais voulu étre roi.»—*Oraison funebre de M. le Dauphin.*

ticos. Vió claramente lo que no se había escapado á personas que le eran muy inferiores en sagacidad, esto es, que la empresa á que consagraba todos sus esfuerzos, probablemente tendría feliz término si Inglaterra estaba de su parte; sería de incierto resultado si Inglaterra permanecía neutral, y estaba irremisiblemente perdida si continuaba Inglaterra la misma política seguida en tiempo de la Cábala. Vió con igual claridad la íntima conexión que existía entre la política exterior y la política interna del Gobierno inglés; que el Soberano, estando en armonía con las Cámaras, podía siempre influir en gran manera en los negocios de la cristiandad, teniendo por lo mismo gran interés en oponerse al excesivo engrandecimiento de cualquier potencia del Continente; y que por otra parte el Soberano que no contase con la confianza y ayuda del Parlamento, podría influir muy poco en la política europea, y aun la influencia que de este modo llegase á alcanzar sería opuesta y contraria á los intereses de la nación. El primer deseo del Príncipe fué, pues, hacer que entre el Parlamento y el Trono reinase la mayor concordia. En cuanto á los medios de establecerla y de las concesiones que habría que hacer para llegar á ella, eran cuestiones para él de secundaria importancia. No hay duda que nada le agradaría tanto como llegar á completa reconciliación sin tener que sacrificar ni una coma de la regia prerrogativa, porque en la integridad del poder supremo tenía él gran interés, siendo por naturaleza tan codicioso, por lo menos, del poder, y enemigo de toda traba, como cualquiera de los Estuardos. Pero no había florón de la corona que no se hallase dispuesto á sacrificar, aun después de colocada sobre su cabeza, con solo tener el convencimiento de que tal sacrificio era necesario é indispensable para llevar á cabo su gran designio. De aquí su conducta

cuando la conjuración católica, pues aunque censuraba la violencia con que la oposición atacaba la autoridad real, exhortaba al Gobierno á que cediese. La conducta de la Cámara de los Comunes, decía, en lo relativo á la política interna, carecía por completo de razón, pero mientras los Comunes estuvieran descontentos, las libertades de Europa perecerían, y ante consideración de tal monta debían ceder todas las demás. Consecuencia de estos principios, fué su conducta, cuando el *bill* de exclusión traía revuelta y alterada la nación británica. Nada nos induce á creer que él animase á la oposición á llevar adelante aquel *bill*, ó á rechazar los ofrecimientos que repetidas veces les hizo el Trono. Mas cuando pudo verse claramente que si el *bill* no se aprobaba habría seria ruptura entre el Parlamento y la Corte, indicó muy inteligentemente, si bien con decorosa reserva, su opinión de no enemistarse con los representantes del pueblo, antes tenerlos amigos á cualquier precio. Cuando á efecto de una rápida y violenta reacción de la opinión pública el partido whig quedó por algún tiempo abandonado y solo, intentó Guillermo llegar á su gran objeto, por otro camino, tal vez más conforme á su carácter que el anteriormente emprendido. En el estado de desorden en que se hallaba la nación, no era probable que se formase un Parlamento dispuesto á oponerse á los deseos del Soberano. Carlos por algún tiempo fué dueño absoluto, y por tanto, el primer deseo del Príncipe fué granjearse la voluntad de Carlos. En el verano de 1683, casi al mismo tiempo que el descubrimiento de la conjuración de Rye House completaba la derrota de los whigs y el triunfo del Monarca, sucedían en el Continente algunos acontecimientos que no podían menos de inspirar á Guillermo la mayor ansiedad y alarma. Los

ejércitos turcos llegaban ya á los arrabales de Viena. La gran monarquía austriaca, con cuya ayuda había contado el Príncipe, parecía hallarse al borde de su ruina. Fué, pues, enviado Bentinck á toda prisa del Haya á Londres con encargo de no omitir cuanto fuese preciso á tener propicia la corte de Inglaterra, llevando instrucciones especiales para expresar en los términos más vehementes el horror con que había visto su amo la conspiración whig.

Durante los diez y ocho meses siguientes, hubo alguna esperanza de que la influencia de Halifax prevalecería, volviendo la corte de Whitehall á la política de la triple alianza. Aquella esperanza fué tiernamente acariciada por Guillermo, el cual no omitió esfuerzo alguno para tener propicio á Carlos. La hospitalidad que encontró Monmouth en el Haya, ha de atribuirse principalmente al vivo afán que tenía Guillermo de hacerse agradable á los ojos del padre de Monmouth. Tan pronto murió Carlos II, Guillermo, que invariablemente seguía acariciando aquel proyecto, cambió nuevamente de política. Había dado asilo á Monmouth para congraciarse al Rey difunto, y á fin de que el actual no tuviera razon de queja, obligó á Monmouth á salir de Holanda. Hemos visto que cuando estalló la insurrección del Oeste, los regimientos británicos al servicio de Holanda fueron enviados á su patria á la primera indicación, gracias á la actividad desplegada por el Príncipe, el cual llegó hasta ofrecerse á mandar en persona contra los rebeldes: y de la sinceridad de su oferta no podrán dudar cuantos hayan leído su correspondencia confidencial con Bentinck (1).

(1) Por ejemplo: «Je crois M. Feversham un très brave et honneste homme. Mais je doute s'il a assez d' experience á diriger une si grande affaire que' il a sur le bras. Dieu lui donne un succès

En aquella sazón el Príncipe evidentemente esperaba que el gran plan á que todo lo demas estaba subordinado en su mente, obtendría la aprobación y ayuda de su suegro. El tono altanero que empleaba entonces Jacobo en sus relaciones con Francia, la prontitud con que consintió en una alianza defensiva con las Provincias Unidas, los deseos que mostraba de enlazarse con la Casa de Austria, servían de confirmación á sus esperanzas. Mas al poco tiempo se cubrió el cielo de nubes. La caída de Halifax, la desavenencia entre Jacobo y el Parlamento, la suspensión de las sesiones y la opinión manifestada con toda claridad por el Rey á los enviados extranjeros, que la política continental no distraería en lo sucesivo su atención de cuantas medidas internas tendiesen á fortificar su prerrogativa y promover los intereses de su Iglesia, pusieron término á las esperanzas del Príncipe. Era ya claro que al sobrevenir la crisis europea, Inglaterra, de seguir Jacobo en el trono, permanecería inactiva ó bien obraría de acuerdo con Francia; y la crisis europea estaba ya muy próxima. La Casa de Austria, merced á una serie de victorias, había logrado asegurarse de todo peligro por parte de Turquía, no viéndose ya precisada á sufrir pacientemente los despóticos insultos de Luis XIV. A consecuencia de esto, firmóse un tratado en Augsburgo en julio de 1686, por el cual los Príncipes del Imperio formaban estrecha alianza con el fin de atender á su mutua defensa. Los Reyes de España y Suecia entraban también en la

prompt et heureux. Mais je ne suis pas hors de inquiétude. Julio 7 (17), 1685. Y nuevamente, al saber el resultado de la batalla de Sed.emoor: «Dieu soit loué du bon succès que les troupes du Roy ont eu contre les rebelles. Je ne doute pas que cette affaire ne soit entièrement assoupie, et que le règne du Roy sera heureux, ce que Dieu veuille.» Julio, 10 (20).

alianza: el Rey de España, como soberano de las provincias contenidas en el círculo de Borgoña, y el Rey de Suecia en su calidad de Duque de Pomerania. Declaraban los confederados que no tenían intención de atacar ni deseos de ofender á ninguna potencia, pero que estaban resueltos á no tolerar la más leve infracción de cuantos privilegios disfrutaba la Confederación Germánica, privilegios sancionados por el derecho público y la pública fe. Se comprometían á acudir todos en defensa de cualquiera de los contratantes en caso de necesidad, y fijaban el contingente que debía presentar cada uno de los de la liga, si era preciso rechazar la fuerza con la fuerza (1). No aparece el nombre de Guillermo en este documento; pero todos sabían que era obra suya, y preveían que antes de mucho sería nuevamente jefe de una coalición contra Francia. En tales circunstancias, no podían ser muy cordiales sus relaciones con el vasallo de Luis XIV; sin embargo, no hubo franca ruptura, ni se cambiaron censuras ni amenazas. Pero el suegro y el yerno quedaban separados completamente y para siempre.

XI.

GUILLERMO, JEFE DE LA OPOSICIÓN EN INGLATERRA.

En la misma época en que el Príncipe quedaba de este modo alejado de la corte de Inglaterra, desaparecían las causas que hasta entonces habían motivado cierta frialdad entre él y los grandes partidos ingleses. Una gran parte, tal vez la mayoría, de los

(1) Puede verse el tratado en el *Recueil des Traités*, IV, n.º 209.

whigs habían favorecido las pretensiones de Monmouth; pero Monmouth ya no existía. Por otra parte, los toríes habían abrigado algunos temores de que los intereses de la Iglesia anglicana no estarían seguros sometidos á un hombre educado entre los presbiterianos holandeses, y de quien se sabía que profesaba la más alta tolerancia respecto á vestiduras, ceremonias y Obispos. Pero desde que la idolatrada Iglesia se vió amenazada de peligros mucho más formidables que provenían de otra parte, aquellos temores desaparecieron por completo. Y de este modo, en el mismo momento los dos grandes partidos pusieron sus esperanzas y afectos en el mismo jefe. Los republicanos viejos no podían rehusar su confianza á quien por muchos años había ocupado dignamente la magistratura suprema de una república. Los realistas viejos no creían obrar contra sus principios al tratar con profundo respeto á un Príncipe tan próximo al Trono. En esta ocasión era de suprema importancia que reinase la más completa unión entre Guillermo y María. Cualquier desavenencia entre la presunta heredera de la Corona y su marido hubiera producido un cisma en aquella inmensa multitud que de todas partes se reunía en torno á un punto que á todos inspiraba el mismo interés. Felizmente, la intervención de Burnet hizo desaparecer todo peligro de discordia en el momento crítico, y el Príncipe llegó á ser incuestionablemente jefe de todo el partido que se oponía al Gobierno, partido que comprendía casi á toda la nación.

No hay el menor fundamento para creer que ya por esta época meditase la gran empresa á que la dura necesidad había de impulsarle más tarde. Sabía que la opinión pública en Inglaterra, si bien muy irritada por los abusos, no estaba en modo alguno dispuesta á la revolución. Es, además, indudable que deseaba

evitar el escándalo que irremisiblemente produciría una lucha mortal entre personas unidas por los más estrechos lazos de afinidad y parentesco. Su misma ambición se oponía á que acudiese á la violencia para alcanzar aquella grandeza, á que llegaría siguiendo el curso ordinario de la naturaleza y de la ley. Porque no ignoraba que de heredar su esposa regularmente la Corona, todas las prerrogativas reales vendrían íntegras con ella, mientras que subiendo al Trono por elección, no había sino sujetarse á las condiciones que á los electores pluguiese imponer. Intentaba, pues, según parece, aguardar prudentemente el día en que pudiese gobernar con indiscutible derecho, contentándose, en tanto, con ejercer gran influencia en la política inglesa, como primer Príncipe de la sangre y como jefe del partido más poderoso de la Nación, el cual, siempre que se reuniese el Parlamento, prevalecería seguramente en ambas Cámaras.

XII.

PROPONE MORDAUNT Á GUILLERMO HACER UN DESEMBARCO EN INGLATERRA.

Cierto que ya le había instado un consejero, no tan sagaz como él, pero mucho más impetuoso, á dar un golpe atrevido. Era éste el joven Vizconde de Mordaunt. No ha producido aquel siglo genio de más fecunda inventiva ni espíritu más atrevido que el de este lord. Pero si fácilmente trazaba los más atrevidos planes, rara vez se paraba á considerar si serían practicables. Su vida fué una novela extraordinaria llena